

¿QUE DECIR SOBRE EL EMPEÑO EN “SIMPLIFICAR” EL CULTO

A LA EUCARISTIA?

Además de los cambios en la liturgia establecidos por la Iglesia con carácter universal (misa en lengua vernácula, cánones diversos, fórmulas nuevas para el matrimonio, melodías e instrumentos musicales modernos, etc.), se están introduciendo aquí y allá otras prácticas locales, más o menos singulares.

Así se oye decir que en tal o cual templo el sacerdote pone la sagrada forma en la mano de los comulgantes; que se da la comunión bajo ambas especies (fuera de los casos expresamente permitidos por la autoridad eclesiástica); que en ocasiones la indumentaria sacerdotal deja bastante que desear; que a veces concluyen las reuniones privadas con una misa de estilo más o menos “familiar” celebrada en una sala de la casa; que se generaliza la costumbre de retirar el sagrario a un rincón o a la sacristía del templo, etc. Y que todo ello se hace por propia iniciativa, sin esperar a una decisión de la autoridad competente.

Los sacerdotes se hallan divididos ante tales hechos. Los hay que se indignan por estas “audacias” de sus compañeros, que causan extrañeza en los fieles. Los hay que las ven con buenos ojos, convencidos de que muchos ritos y ceremonias resultan anticuados y nada dicen hoy al pueblo fiel. Añaden éstos que las reformas de cualquier clase y en cualquier institución nunca se han hecho sin oposición y que es necesario que haya quien se arriesgue a abrir brecha y sufrir contradicción por un tiempo.

Recuerdan que algo parecido viene sucediendo en el campo de la teología, donde hoy

se consideran como doctrina segura muchas sentencias, tenidas por peligrosas hace pocos lustros. ¿Por qué no puede pasar algo semejante en el terreno de la liturgia?

Es cierto que el Concilio Vaticano II no sólo ha aprobado sino recomendado esta evolución litúrgica, de que hablábamos más arriba. Pero considera que todo cambio debe ir aprobado por la correspondiente Autoridad Eclesiástica, si se ha de evitar el peligro de una diversidad exagerada en la Iglesia de Dios.

Por otra parte sería pueril —dicen algunos— el introducir un nuevo motivo de disensión en un terreno de importancia secundaria, cuando se hallan en entredicho valores mucho más graves.

Y así es, siempre que la actitud de estos innovadores no venga ocasionada, acaso inconscientemente, por una menor estima del Santísimo Sacramento.

El sacerdote que siga admitiendo que en las especies sacramentales está real y verdaderamente presente el cuerpo de Cristo y ello no sólo en un breve lapso de tiempo, nada hará que pueda menoscabar el respeto y la devoción de los fieles por la Eucaristía. Esta será su norma de conducta.

Pero aquel que estime exagerado el actual culto a la Eucaristía, o considere aceptable alguna nueva manera de interpretar la presencia de Cristo en el Sacramento, no tendrá inconveniente en adoptar nuevos modos de actuar que pongan las prácticas litúrgicas en consonancia con este modo de pensar.

Y esto último ya tiene importancia y mucha.

La Iglesia puede revalidar (aún no lo ha hecho) la práctica usada en los primeros siglos por los cristianos, los cuales no sólo recibían en sus manos el Sacramento, sino que lo llevaban a sus casas para comulgarse ellos mismos durante la semana.¹

La Iglesia ha alabado el que los sacerdotes encarcelados se ingeniaran para consagrar el cuerpo de Cristo y lo hicieran llegar a sus compañeros de cautiverio, burlando la vigilancia de sus guardianes rusos, nazis o chinos.

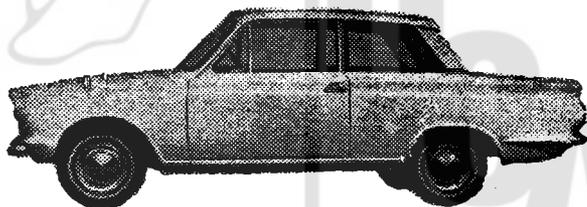
Y lo hicieron prescindiendo de las rúbricas más elementales. En todos estos casos el exceso de fe suplía con creces la ausencia de toda solemnidad externa y justificaba hasta el riesgo de posibles profanaciones.

Pero, fuera de estos casos excepcionales, la Iglesia insiste en que se trate al Santísimo Sacramento con la mayor reverencia posible. Recordemos la última encíclica de Pablo VI sobre este tema, en la que exige que se le dedique un lugar preferente (nunca la sacristía, como ahora se hace en ocasiones) y bien adornado, al que los fieles tengan fácil acceso.

Y lo que la Iglesia no tolerará en ningún caso es que, a vueltas de nuevas teorías modernistas, se menoscabe en el Pueblo de Dios la devoción y el respeto a la Eucaristía.

1.—Recuérdese también el caso del niño Tarsicio, martirizado cuando portaba sobre el pecho el Sacramento destinado a los cristianos presos en los sótanos del Anfiteatro de Roma.

Admire la nueva linea



FORD CORTINA

Magnífica combinación de fuerza, robustez y amplitud, con capacidad para cinco pasajeros!

DISTRIBUIDORES:

COMERCIAL KEILHAUER, S. A.

TELEFONOS: Central 21-7790 — Repuestos 21-9855 — Ventas 21-9856.
San Salvador, El Salvador, C. A.